

clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron” (Apoc. 21:1, 4, NRV). Cuando la tierra sea hecha nueva, todas las injusticias se desvanecerán de nuestro recuerdo, toda enfermedad habrá sido sanada y todos nuestros pecados perdonados y borrados. La segunda promesa es que Dios estará con nosotros mientras esperamos la llegada del gran día. Jesús dijo: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20, NRV). Pablo, por su parte, nos recuerda: “. . . porque él dijo: ‘Nunca te dejaré ni te desampararé’” (Heb. 13:5, NRV). Algún día Dios arreglará todas las cosas; pero mientras tanto, será nuestro constante Compañero.

Si bien hay cierta controversia acerca de las circunstancias que rodearon la muerte de Meriwether Lewis, pocos años después de haber vuelto de su histórica expedición, la mayoría de los investigadores creen que en la madrugada del 11 de octubre de 1809, el explorador se quitó la vida por su propia mano. Se sabía que bebía demasiado, que estaba sumido en las deudas y que se le había acusado de malversar fondos del gobierno. Pero por encima de todo, y a pesar de sus logros, Lewis sentía que no había cumplido su visión. ¡No había tal “paso del noroeste”! De todos modos, eventualmente se llevó a cabo la expansión de los Estados Unidos; gracias a su expedición, hoy nuestra nación abarca todo el continente, del Atlántico al Pacífico. Además, descubrió animales y plantas que hasta entonces eran desconocidos entre los europeos. Hizo contacto con diversas tribus de aborígenes y estableció buenas relaciones con ellos. Sólo una persona perdió la vida durante el viaje, debido a un incidente imprevisible. Pero a pesar de sus magníficos logros, no pudo cumplir su visión, lo cual lo dejó deprimido y descorazonado.

El mayordomo sabio contempla el futuro, por lo cual al comenzar el Año Nuevo, nuestra visión, Cristo Jesús nuestro Salvador, da a luz la vida: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 Juan 5:12, NRV). Desafío a mis lectores a estudiar la Palabra de Dios. Busquemos en sus preciosas páginas la visión que él tenga para cada uno de nosotros. Apartémonos de todo aquello que en vez de impartirnos vida, tiende a quitárnosla. En nuestra calidad de mayordomos de nuestra vida espiritual, contemplemos complacidos las verdaderas promesas de Dios.

Breve Biografía: Edward W. Fergusson, M.Div., desempeña el cargo de Director de Relaciones Gubernamentales del Concilio de la Iglesia y el Estado, con sede en Sacramento, California..

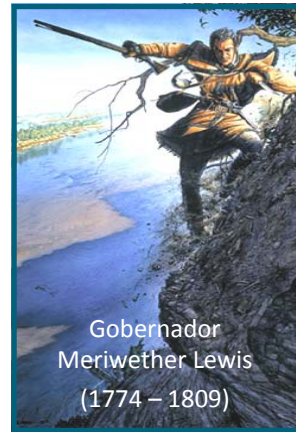
Distributed by: Departamento de Mayordomía de la Asociación de Texico. **Director :** Lee Roy Chacon. **Publicadores:** Departamento de Mayordomía de la Unión del Pacífico. **Director :** Gordon Botting. **Diseño/Asistente editorial:** Julie Cunningham Masterson. **Traducción:** Publicaciones El Camino.

Memoria del Mayordomo

Colección de ideas prácticas para ser mejores mayordomos

Enero 2011
Volumen 16, #1

MANTENGA SU VISIÓN CLARA AL ENFOCAR LAS PROMESAS DEL AÑO NUEVO por Edward W. Fergusson, M.Div.



Gobernador Meriwether Lewis (1774 – 1809)

Entre los componentes de la famosa expedición de Lewis y Clark, el gobernador Meriwether Lewis era el más visionario. Durante años abrigó el sueño de descubrir el famoso “paso del noroeste”, una ruta a través de Norteamérica que proveyera acceso a toda la nación, tal como lo que el viaje de Colón hizo por Europa y el Nuevo Mundo. Por largo tiempo se esforzó por convencer a su jefe, el Presidente Tomás Jefferson, que le concediera la oportunidad de realizar esa expedición histórica. Cuando por fin recibió el permiso, desarrolló planes, adquirió equipos, recibió instrucción especial y hasta inventó nuevos artefactos para usar en el largo viaje. Convenció a su amigo, William Clark, a que se le uniera en calidad de Comandante Asociado, y el 14 de mayo de 1804, a las 4

de la tarde, comenzó la jornada cuando la “Unidad Descubridora” dejó atrás el Campamento Dubois, cerca de San Luis, y enfiló aguas arriba por el gran río Misuri.

El 12 de agosto de 1805, el gobernador Lewis trepó hasta la cumbre del Paso Lemhi, en los montes Beaverhead, y por primera vez se asomó al otro lado de la divisoria continental, ansioso de ver qué había allí. Ese momento fue para el gran explorador la culminación de una gran visión, de modo que sin duda en su mente había una idea bien clara de lo que esperaba ver. Durante muchos meses —si no años— se había imaginado la escena: una corta cadena de montes que iban disminuyendo de tamaño hasta

desaparecer tragados por las aguas del Océano Pacífico. En cambio, ante sus ojos incrédulos se extendía una sucesión interminable de montañas, hasta el límite de su visión. Se sintió tan deprimido que dejó de escribir su diario por varios días. Su visión se había estrellado contra la realidad, y el indómito viajero debió gustar el amargo sabor de la decepción.

La Sagrada Escritura razona así: “Cuando falta la visión, el pueblo perece” *Proverbios 29:18*, trad. de KJV).

La mayordomía es un estilo de vida total. Abarca la salud, el tiempo, los talentos, el ambiente, las relaciones, la espiritualidad y las finanzas.

“Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron”. Apocalipsis 21:4, NRV

¿Es dura esta expresión! ¿Será posible que por no tener visión la gente se pueda morir?

El término que se usa aquí en Proverbios para referirse a “visión”, es uno que significa “contemplar con



placer”. Conozco mucha gente que compran boletos de la lotería, y luego se gozan haciendo planes acerca de lo que les

gustaría hacer con el dinero. Por supuesto que serán generosos con la iglesia y los miembros de su familia, pero lo que de veras los entusiasma es pensar en su nueva casa, un automóvil de lujo, vacaciones a lugares exóticos, etc. Luego llega el momento inevitable, cuando descubren que no han ganado nada. Se sienten un tanto deprimidos, pero no les dura mucho. Simplemente compran un boleto para la siguiente fecha, y el ciclo se repite. Es esto lo que hace que los juegos de azar sean tan adictivos. Lo que nos atrapa no es el acto mismo de ganar, sino la *idea* de ganar, porque captura nuestra atención y nos hace sus cautivos.

Por consiguiente, ¿cuál es la solución? La única contemplación placentera que nos trae vida en vez de muerte consiste en concentrar nuestra atención y nuestros anhelos en las promesas de Dios. Las promesas divinas son lo único que no nos decepciona. Nada de lo que Dios dice—ni siquiera lo que piensa— puede fallar. En el principio, él habló, y

todo lo que existe surgió de la nada. Por definición, todo lo que Dios dice es realidad.

Una persona sabia se esforzará por conocer y respetar los requisitos necesarios para que las promesas divinas se cumplan en nosotros:

1. Asegúrese de entender claramente qué es lo que Dios realmente ha prometido. He visto demasiado a menudo cómo algunos excelentes cristianos se decepcionan por no haber entendido bien qué era lo que Dios había dicho en realidad. Por ejemplo, la Biblia dice: Y Jesús recorría las ciudades y aldeas, enseñaba en las sinagogas, predicaba el evangelio del reino, y sanaba toda enfermedad y dolencia” (Mat. 9:35, NRV). Algunas personas interpretan esto como queriendo decir que, de hecho, Dios sanará toda dolencia en cualquier momento y circunstancia. Conviene pues, señalar que en Juan 5 Cristo entra en una comunidad en la cual hay centenares, si no millares, de enfermos. Allí sana a uno de ellos, y luego se va, dejando a todos los demás tal como estaban antes de su llegada. Si usted cree que Dios le ha prometido sanar cualquier enfermedad cada vez que usted le pida, y en alguna ocasión el sanamiento que usted buscaba no se produce, el impacto en su ánimo podría ser devastador. Tener una idea falsa de las promesas divinas puede ser

más desanimador que la misma incredulidad.

2. Asegúrese de comprender las condiciones que envuelve el cumplimiento de las promesas de Dios: “Si mi pueblo que lleva mi Nombre se humilla y ora, si busca mi rostro, y se convierte de sus malos caminos, entonces oiré desde el cielo, perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crón. 7:14, NRV). Esta es solamente una de muchas promesas condicionales que Dios nos hace. Nosotros tenemos una parte que cumplir si hemos de recibir el perdón y la salud que este versículo promete. No es que Dios no pueda obrar, sino que es un Dios demasiado bondadoso como para actuar cuando el resultado no sería lo mejor para nosotros. Por eso mismo después de la entrada del pecado, el Señor no permitió más el acceso al jardín del Edén. Si en nuestra condición de pecadores hubiéramos logrado comer del fruto del árbol de la vida, ¡cuán miserable habría llegado a ser el universo entero! Si dejamos de cumplir nuestra parte, Dios no puede cumplir la suya.
3. No trate de manipular a Dios. En Marcos 2 leemos el caso de un paralítico cuyos amigos lo traen para que Jesús lo sane. Al verlo, Jesús le dice que sus pecados le son perdonados. No era precisamente eso lo que los amigos del enfermo

esperaban, pero las palabras del Salvador provocaron una apasionada controversia entre los líderes religiosos que lo acechaban. Entonces Jesús les dijo: “Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad de perdonar pecados en la tierra —dijo al paralítico—: A ti te digo: ¡Levántate! Toma tu camilla, y vete a tu casa” (Mar. 2:10, 11 NRV). A veces, alguno que lee este relato intenta manipular a Dios confesando sus pecados, para obligarlo a que lo sane de alguna enfermedad física. Pero Jesús no siempre sanó a los enfermos, y hoy Dios tampoco nos sanará siempre a nosotros. Vivimos en un planeta en guerra, en donde suceden cosas terribles. Por eso, necesitamos aprender a confiar en Dios aun cuando no siempre nos conceda todo lo que queremos.

4. El Mayordomo de nuestra vida espiritual quiere que, al acercarnos al comienzo del año 2011, recibamos y creamos las siguientes dos promesas que, para quien esto escribe, son las dos promesas más grandes de la Biblia. En primer lugar está la promesa de que algún día Dios arreglará todas las cosas: “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar ya no existía más. . . Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. Y no habrá más muerte, ni llanto, ni

“Donde no hay visión, el pueblo se extravía”. Proverbios 29:18, NRV